
Job y el deseo de comprender el sufrimiento

Teresa Vallès Botey / Andrea Rodríguez-Prat

No cabe duda de que el libro de Job es una obra fundamental en la historia de la cultura occidental que continúa interpelando al lector contemporáneo. Como es sabido, el Job bíblico encarna la figura de una persona virtuosa y devota, patriarca de una familia próspera, que pierde todo lo que posee: riqueza, propiedades, posición social, hijos y hasta su propia salud. Desesperadamente pregunta sobre el porqué de su tragedia a un Dios, en el cual creía y que ahora parece ausente. Job, como arquetipo del sufrimiento humano y del deseo de sentido, ha inspirado centenares de ensayos, narraciones, poemas, obras de teatro, esculturas, pinturas, piezas musicales y cinematográficas¹.

Una de las reencarnaciones poéticas de Job fue concebida por Carlos Pujol (Barcelona, 1936-2012), autor de unas cincuenta

¹ Ver, por ejemplo: Albrecht Dürer (*Job and His Wife*, 1504); William Shakespeare (*King Lear*, 1606); Voltaire (*Candide*, 1759); William Blake (*Illustrations of the Book of Job*, 1826); Joseph Roth (*Job*, 1930).

obras de creación (poesía, novela, aforística) y de crítica literaria, así como de un centenar de traducciones de la literatura francesa e inglesa (*vid.* en Vallès Botey [2017] las referencias a su obra completa). Además de ser asesor literario y miembro del jurado del Premio Planeta durante décadas, fue unos años profesor universitario. Su obra poética consta de un total de dieciséis poemarios y se inició a finales de los 80 con *Gian Lorenzo* (1987). *Fragments del Libro de Job*, con el que ganó el Premio Villa de Martorell en 1998, es su quinto libro de poesía. Es recurrente en su obra poética la técnica del monólogo dramático y la preferencia por personajes «hondos, un punto misteriosos, un poco desengañados, con inquietudes religiosas e intensas relaciones familiares». Según ha señalado la crítica, Pujol cedió su voz a Job para expresar su yo más íntimo y existencialmente inquieto. De hecho, el poeta considera que el personaje bíblico es clave para la comprensión de la propia experiencia vital y de la condición humana:

Quien no se haya sentido Job en alguna situación de su vida no sabe aún lo que es vivir, porque esta experiencia del dolor insufrible que no se entiende es la clave más honda de lo humano (Pujol, 1992).

Tanto para el escritor como para el lector, la literatura es un ámbito privilegiado para analizar las paradojas y misterios de la condición humana, una especie de laboratorio donde hacer experimentos controlados y diseccionar vidas creíbles de forma incruenta. Los personajes, con sus pasiones e ideales, son una especie de maqueta a escala que permite comprobar las fuerzas y la resistencia de los materiales. La literatura permite reflexionar sobre cómo reacciona ante el sufrimiento un personaje que tiene un determinado planteamiento o proyecto vital o una cierta concepción de la libertad o la felicidad. Permite poner a prueba estos planteamientos. Para que funcione el experimento, es necesario que los perso-

najes actúen de forma coherente con la manera de pensar que representan: en el desenlace, en su relativa felicidad o infelicidad se verá el acierto o no de su proyecto vital. De este modo, en la trayectoria de un personaje como Job se pone a prueba su cosmovisión.

Desde esta perspectiva, la literatura invita a una lectura «vinculante», en el sentido de crear una conexión entre el texto y el lector. El crítico literario Pierre Bayard sugiere escuchar la voz de los textos literarios para aprender a «escuchar la propia voz, un chorro de creatividad que nos remitirá a los rincones más íntimos de nuestro ser y de nuestra historia personal». Este vínculo es clave para reconocer empáticamente en los personajes emociones y actitudes ante el sufrimiento como angustia, desesperación, rabia, rebelión, tristeza, miedo, soledad, frustración, deseo de sentido, resignación, aceptación, serenidad, perdón, gratitud, optimismo, empatía, etc.

En *Fragmentos del libro de Job* escuchamos los lamentos de un Job que se dirige a Yahveh en un dramático monólogo en el que manifiesta la necesidad de encontrar motivos que den razón a su tragedia. Este poemario consta de veinte poemas de veinte versos endecasílabos cada uno y un epílogo de diez versos. Está dividido en cuatro partes a través de las cuales se describen los obstáculos o etapas que recorre el protagonista. En este estudio, nos proponemos recorrer la trayectoria de Job en la versión poética de Pujol, para mostrar como constata la insuficiencia de la razón para satisfacer el deseo de sentido y el modo como Job alcanza ese sentido por un medio inesperado.

Primera parte (poemas 1-5): La búsqueda de sentido

En la primera parte (que, como las demás, no lleva título alguno) da comienzo la búsqueda de Job, que interpela a un silen-

cioso Yahveh. Contrariamente al texto bíblico, no se presenta ni se introduce al protagonista, tampoco se mencionan las circunstancias de la tragedia que ha sufrido ni los bienes que ha perdido. En esta caracterización inespecífica, su figura se hace más universal, representando todo aquel que haya vivido una experiencia trágica.

Desde el primer momento de su monólogo Job (que interviene cual narrador intradieético de una novela en primera persona) manifiesta la necesidad imperiosa de una explicación lógica a su situación. Tal y como se puede comprobar en el segundo poema, si bien se siente abatido, expresa su voluntad de aceptar la pérdida que ha sufrido y no pide recuperar lo malogrado, sino una explicación racional. En un largo e infructuoso monólogo se dirige a Yahveh a través de un discurso lógico-racional: «te pido, murmurando entre dientes, que me des contestaciones claras, que convengan» (2).

Pronto, Job se enfrentará a un obstáculo invencible que se erigirá como un muro entre él y Dios: la limitación del lenguaje humano como herramienta de comunicación con Yahveh. A pesar de su deseo de respuesta, él mismo se cuestiona el acceso a la inteligencia divina, cómo Dios interpreta las palabras humanas y qué significado entrañan sus silencios: «Si no puedo apoyarme en las palabras [...] ¿Para qué voy a hablarte, y a quién hablo? / ¿O me escuchas y me hablas silencioso? [...] Quizá tu ausencia sea lo que dices» (4).

Sin embargo, a pesar del sufrimiento de Job y de su dolorosa oscuridad, se pone de manifiesto una impertérrita fe que no deja de interpelar a su Dios. Su oración es una queja dirigida a quien tanto ama: «¡Qué violento / sabes ser con los tuyos, qué aspereza / hay, Señor, en tu trato cuando quieres!» (5).

Poema 2

Si me rompo, Señor, ¿Tú medirás
lo débil o lo fuerte que es posible

ser en una ocasión desesperada?
Pues desnudo nací, desnudo voy
a volver a la Tierra, yo también
he dicho descubriendo la verdad
más sencilla, como alguien que empezara
por fin a comprender los fundamentos;
el uso y la rutina me engañaron,
llegué a creerme dueño de lo mío.
Ya que Tú me lo diste, si ahora quieres
quitármelo de un brusco manotazo,
estás en tu derecho, aunque te pido,
murmurando entre dientes, que me des
contestaciones claras, que convengan.
¿Por qué has tenido que elegirme a mí,
entre tantos a mí para apostar?
Quisiera bendecir, y sin embargo
dentro del corazón suenan a hueco
las palabras que dicen mansedumbre.

*Segunda parte (poemas 6-10):
Los límites del racionalismo y del estoicismo*

En la segunda parte del libro, dos amigos de Job le aconsejan sobre el modo de hacer frente a la necesidad de entender la causa de lo que le ha sucedido. Elifaz es el primero en visitarle y en tratar de ofrecerle «alguna razón consoladora». Sin embargo, después de acompañarle unos días en silencio acaba juzgando duramente a Job. Para Elifaz la desgracia que sufre su amigo es la prueba incuestionable de que es culpable de algún delito inconfesado: «¿es que recuerdas que haya algún inocente castigado? / ¿Dónde se ha visto a un justo a quien aniquile / la cólera de Dios? Nada más cierto / el que la hace la paga» (7). En su juicio, Elifaz aplica el

razonamiento lógico de que *quien hace el mal, lo paga*, siguiendo la tradicional visión judía acerca del sufrimiento; además, acusa a Job de tener una fe débil («No debía estar bien asentada tu fe / si cuando pierdes te rebelas» (6)) y de seguir un razonamiento humano en contra de Yahveh: «¿Levantas tu razón contra Dios, pides / cuentas de la amargura, tu salario? [...] ¿Te atreves a pensar que se equivoca?» (7).

Bildad, el segundo amigo de Job que aparece en escena, mantendrá un punto de vista diferente adoptando una actitud estoica. Bildad le aconseja que acepte el sufrimiento sin quejarse ni intentar encontrar la lógica de su sufrimiento: «¿De qué te quejas, Job? ¿De que no explica / tu mezquina razón lo que te pasa? / Sólo el dolor se entiende» (9).

De esta forma, como hemos visto, según Elifaz, el significado del sufrimiento no es un misterio, pues es siempre un castigo merecido. La postura de Bildad, por el contrario, tendría que ver con la suspensión de cualquier juicio racional: no habría nada que entender puesto que no habría respuesta a la pregunta por el significado del dolor, sería vana cualquier pretensión de sentido.

Las respuestas de los amigos de Job se muestran del todo insuficientes ante su necesidad de entender el sufrimiento. Aquí, encontramos a un Job que se siente pobre en explicaciones lógicas, confiado en un Dios cuya relación de algún modo le enriquece a pesar del sinsentido de su dolor: «Quizá rico de ti, que me haces daño, / del dolor sin razón que soy yo mismo» (8). Se ve a sí mismo como alguien a quien la ignorancia le sirve de protección («no saber nos protege con ceguera» (10)).

*Tercera parte (poemas 11-15):
Descubriendo el razonamiento equivocado*

En la tercera parte del libro, Job consigue cierto sosiego gracias al contacto armonioso con la naturaleza, lugar donde percibe la huella del creador: «esa fuerte armonía de las cosas / como recién salidas de tu mano» (11). Este encuentro le llevará a sorprenderse a sí mismo viendo el dolor como parte de la naturaleza con la que se siente íntimamente relacionado. A partir de entonces, se hace presente cómo el dolor configura y forma parte de su identidad: «Me sorprendo invocando a pesar mío / al hermano dolor, la hermana angustia» (11).

En este punto Job comprende un aspecto importante de su vida pasada. Entiende que cuando tenía salud y era poderoso creía tener un acuerdo tácito con Yahveh según el cual se establecía una correlación entre la bondad de sus actos y la respuesta generosa de Dios: «cumpliendo cada cual las condiciones / de un acuerdo como de mercaderes / yo te doy, Tú me das, las cuentas claras» (13). Cuando pierde su *status quo* se da cuenta del espejismo –fruto de la humana razón– en el que había vivido. Es decir, toma conciencia de haber creído que sus bienes y posesiones eran el premio merecido a su bondad. Ahora, reconoce el error de crear y aplicar sus propias reglas en su trato con Yahveh, «según lo establecido por mí mismo [por Job] / de acuerdo con ideas razonables» (12); empieza a atisbar la lógica de Dios «creo que empiezo a entender algo» (14), aunque sigue en la penumbra: «Aquí estoy sin saber cuál es la causa / del destrozo y el daño, prefiriendo / a veces ignorar ese porqué» (15).

En los primeros reclamos de Job al Creador, puede encontrarse cierto paralelismo entre el razonamiento de Elifaz y Job. Antes de la prueba Job creía que su prosperidad era la recompensa divina a su modo ejemplar de comportarse. Para Elifaz, Job sufre porque es culpable de un mal que ha cometido. En la base de

ambas afirmaciones encontramos la creencia de que la justicia retributiva es la ley que maneja Dios para tratar a los hombres. Sin embargo, esta teoría no es capaz de responder adecuadamente ante el sufrimiento de inocentes como Job, que no encuentra en él culpa alguna que justifique el mal que padece.

En este sentido, el libro de Job muestra la insuficiencia de la explicación del mal mediante el principio de la justicia retributiva, por lo que la figura de Job se ha destacado como la transición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento (Saranyana, 2010). Es decir, entre la visión judía tradicional y el sentido del sufrimiento que se desprende de la muerte de Cristo en una cruz. En la cuarta parte de *Fragmentos de libro de Job* se puede observar con mayor claridad la transición de un personaje que había sufrido e interpretado el dolor en clave veterotestamentaria y pasa gradualmente a vivirlo como una oportunidad de encuentro con Dios.

Poema 12

Al mirar hacia atrás está bien claro
el lugar que ocupábamos los dos,
según lo establecido por mí mismo
de acuerdo con ideas razonables:
yo era un súbdito fiel que paga diezmos
escrupulosamente, y que calcula
con una pretensión cándida y boba
el precio de actitudes obedientes,
la recompensa del deber cumplido;
sin mala voluntad –¿sin amor propio?–,
pero dentro del alma echando cuentas
de servicios prestados. Tú en tu reino
culminante, benévolo, incapaz
de no retribuir al que es sumiso,
severo, claro está, pero sabiendo
la proporción exacta de los bienes

que hay que dar al que cumple lo pactado.
Yo aquí no sé si satisfecho, pero
al menos afianzado en una paz
impecable y segura, merecida.

*Cuarta parte (poemas 16-20):
El lenguaje no humano de Yahveh*

En la última parte del libro, Job acoge el sufrimiento como un misterio insondable para la razón humana: «no sabemos [...] qué hacer con el dolor y el acertijo / que se confunden en un sólo mal» (16). Ahora comprende que el error de Elifaz es precisamente confiar exclusivamente en la explicación que la razón pueda aportar: «Elifaz se equivoca, sólo espera / en aquello que sabe» (17).

Ahora que ha experimentado los límites del razonamiento humano, Job ha aprendido a sospechar de «cualquier vana jactancia de saber» (20) y a confiar en Yahveh: «Yo he aprendido / cuando aún es de noche y estoy ciego / que ese soñar contigo es tu promesa» (17), «He soñado que un día te veré» (18). Sin embargo, además de la limitación de la razón para encontrar una respuesta al sufrimiento, Job se encuentra con otro impedimento para alcanzar este sentido: la limitación del lenguaje humano como herramienta de comunicación con Yahveh.

En su invocación a Yahveh, Job manifiesta la dificultad de comprender la lógica divina, se queja del lenguaje oscuro de Dios que no acaba de ser el nuestro: «llamas y no sabemos lo que quieres, / qué significa cada golpe tuyo» (16). Descubre que el lenguaje misterioso de Dios es una verdad que está codificada y es compleja de descifrar: «Oído tu lenguaje, no se entiende, / es cifrada verdad, aunque en sus ecos / se reconocen sílabas amigas / que quieren decir todo lo que somos» (20). Su queja confiada se dirige a un

Dios difícilmente accesible que en su silencio también dice de sí: «Era duro no verte ni entenderte, / alzar la voz en vano, interrogar / para nada, Señor» (19).

Al final, Job asumirá que no puede esperar que el mensaje de Yahveh pueda caber en los signos del lenguaje humano: «Al final de este viaje no imagino / que prodigues discursos y razones, / cómo vas a caber en las palabras» (19).

Poema final: Encontrar sentido en la cercanía de Yahveh

En el poema final, Job recupera plenamente la paz y entiende el sufrimiento como una lección de humildad, como una ocasión de confiar en Dios y encontrarse con él. Había estado buscando una explicación pero ha experimentado una presencia que convierte en superfluo todo lo demás. Finalmente en la cercanía misteriosa de Yahveh encuentra el consuelo que había pretendido lograr con una explicación racional del sentido del dolor: «sabré que estás allí, que no me dejas. / Job no espera que cures sus heridas, / sólo saber de ti y verte la cara» (21).

Poema 21

Si alguna vez te dije que era fuerte,
olvidalo, ya sé que no es verdad,
no hay más clara lección de haber vivido.
Ven y dame la mano, aunque invisible,
basta la señal que bien conozco
y que has ido encendiéndome en la noche;
por el temblor del aire y su susurro
sabré que estás allí, que no me dejas.
Job no espera que cures sus heridas,
sólo saber de ti y verte la cara.

Conclusiones

Cuando la tragedia se cierne repentinamente sobre la vida pacífica de Job, éste dramáticamente le pide a Yahveh una respuesta clara y convincente que dé razón de su desgracia: «te pido, / murmurando entre dientes, que me des / contestaciones claras, que convenzan» (2). En su viaje encontrará dos obstáculos insalvables: la incapacidad de la razón humana para resolver el misterio del dolor y la inadecuación del lenguaje humano para comunicarse con Yahveh.

Job descubre la insuficiencia de la razón para comprender el sufrimiento mediante dos experiencias. Por una parte, se da cuenta del error de los consejos de sus amigos que se enfrentan al misterio del dolor desde una perspectiva puramente racionalista o estoica. Por otra, toma conciencia de haber creído que sus bienes y posesiones eran una recompensa por su bondad y asume su error de haberlos considerado un justo premio otorgado por Yahveh. El otro obstáculo importante en la búsqueda de sentido tiene que ver con el lenguaje humano, que se demuestra insuficiente como herramienta de comunicación con Yahveh. Job percibe la presencia de Dios en la armonía de la naturaleza, y entiende que su lenguaje es distinto y misterioso.

Así es cómo Job admite que el sentido del dolor sobrepasa la capacidad del razonamiento y lenguaje humanos. Su mérito es «aceptar lo incomprensible de la justicia divina, renunciando a su explicación. Sus amigos querían las cosas claras, donde hay mal ha habido culpa, si no nada se entiende, pero Dios no se deja encerrar en su lógica y les llama insensatos» (Pujol, 1992). Al final de esta búsqueda apasionada de un significado que encaje con sus coordenadas lógico-rationales, Job recupera la paz gracias a la experiencia personal de la cercanía de Yahveh. Es entonces cuando su busca racional cesa y Job se abandona a la percepción de Su pre-

sencia. El dolor no desaparece, pero cede ante la conciencia de no estar solo y de que un día verá a su Dios. Es la experiencia de la presencia cercana de Yahveh lo que dará sentido a su sufrimiento. «“Sólo de oídas te conocía”, se somete por fin el justo, “pero ahora te han visto mis ojos”, como si dijera que el dolor inexplicable le ha hecho sabio. A través de él ha visto a Dios, y ya lo sabe todo» (Pujol, 1992).

María Zambrano (2007) destaca, en su comentario al libro de Job, que si no fuera por el encuentro final con Dios, la tragedia de Job contendría el núcleo de toda posible tragedia: la tragedia del hombre encerrado dentro de su existencia, en absoluta soledad. Job escapa de la soledad mediante una tenaz búsqueda de la respuesta y la complicidad divina, de modo que la relación entre los dos sale reforzada. Sin saberlo, Job deviene paradigma del aprendizaje en la confianza amorosa desde el sufrimiento. Este crecer en el amor desde el dolor bien puede suscitar el recuerdo de un personaje de Stefan Zweig para quien la experiencia del sufrimiento es condición *sine qua non* para el amor. Con unas palabras que pueden aplicarse a Job, afirma que:

Sólo a aquellos [a quienes] el destino ha golpeado [...] se les puede ayudar verdaderamente con el amor. Sólo ellos saben amar y ser amados como se debe amar: con gratitud y humildad.

T.V.B. / A.R.-P.

BIBLIOGRAFÍA

- BAYARD, Pierre. *Com parlar de llibres que no hem llegit*. Barcelona: Empúries, 2008, p. 181.
- PUJOL Carlos. *Fragmentos del libro de Job*. Barcelona: Seuba Ediciones, 1998. [Publicado también en: PUJOL, Carlos. *Poemas*. Granada: La Veleta, 2007].
- *Gente de la Biblia (de Aarón a Zaqueo)*. Madrid: Rialp, 1992.
- SARANYANA, Josep-Ignasi. «Por qué sufren los buenos y triunfan los malos». *Cuaderno del Anuario Filosófico*. Universidad de Navarra, 2010.
- VALLÈS BOTEY, Teresa. «Obras de creación y traducciones de Carlos Pujol». *Ínsula*, 849, 2017, pp. 44-49.
- ZAMBRANO, María. *El hombre y lo divino*. México: Fondo De Cultura Económica, 2007, p. 370.
- ZWEIG, Stefan. «La impaciencia del corazón». *Novelas*. Barcelona: Acantilado, 2012, p. 984.

